

Del estado nación al estado multicultural

Tradicionalmente, el estudio de los flujos migratorios, especialmente la segunda "gran emigración europea"¹ –iniciada a comienzos del siglo XIX y cuya cima se alcanza a finales del mismo– evitó escrupulosamente comprender dicho proceso como el emergente de las luchas revolucionarias iniciadas con los movimientos insurgentes producidos en toda Europa hacia fines del siglo XVIII, especialmente los derivados de la "Gran Revolución" iniciada en 1789.

Precisamente la derrota del primer bonapartismo acelera los tiempos y al aumentar las presiones revolucionarias endógenas (*i.e.* la serie de revoluciones burguesas y proletarias del ochocientos: 1830, 1848, 1871...) se ve en la emigración, fundamentalmente hacia América –casi como una reactualización del metatexto historiográfico de la *Conquista* y de "Eldorado"– la solución "perfecta" tanto para proletarios como burgueses en desmedro de las economías periféricas. La contracara burguesa del "mito de América" será la construcción de los imperios coloniales modernos de Asia y África. Los flujos emigratorios fueron, de hecho, inversamente proporcionales a la extensión de las nuevas colonias.

La nueva división del trabajo surgida de los desarrollos políticos e ideológicos de la reacción, primero armada y luego política del Congreso de Viena encuentra su justificativo práctico, homológamente, en interior de cada Estado nacional. Éstos deberían desprenderse, en primer lugar, de los excesos de mano de obra campesina, ya no más sujeta a las ancestrales relaciones consuetudinarias de servidumbre (en crisis desde los movimientos revolucionarios de 1789) o ya no más dispuestos a soportarlas, aun cuando no hubieron encontrado, en la mayoría de los casos, una fórmula insurgente victoriosa.

En efecto, los Estados nacionales menos industrializados –o las regiones menos industrializadas de los mismos– encontrarían en la emigración la salida adecuada para dichos planes de nuevo orden político y económico derivado del Congreso de Viena. Asimismo las masas emigradas contribuirían a la modernización de estructuras sociales retrasadas (como por ejemplo la Argentina postrosista) o proporcionarían mano de obra especializada y barata ("plebe ultramarina" al decir de Leopoldo Lugones) para las economías en vías de desarrollo (como Estados Unidos). No es casual entonces que gran parte de los flujos migratorios provengan en estos casos de países regionalmente muy industrializados pero sin imperios coloniales destacados (como Italia y Alemania) o poco industrializados (como los países escandinavos, de Europa

¹ Entendemos, obviamente, como la "primera gran emigración europea moderna" la iniciada con la conquista y colonización de América.

oriental o de zonas periféricas de las economías desarrolladas (como por ejemplo Irlanda) incluyendo en muchos casos las minorías nacionales de los mismos (sobre todo los judíos de los países eslavos o germánicos). Por su parte el proletario de los países centrales (Gran Bretaña y Francia) encuentra su justificación migratoria bajo el velo de “colonos” de los imperios coloniales ultramarinos en Asia, África y Oceanía. Las potencias menores dirigen sus excedentes poblacionales hacia sus antiguos imperios coloniales (concretamente España y Portugal) o hacia sus nuevas conquista coloniales (como Bélgica u Holanda e incluso la expansión rusa hacia oriente). El denominador común, sin embargo, es siempre la expansión de la cultura y de la estructura económica europea a todo el globo (el “peso del hombre blanco” a decir de Rudyard Kipling) y la afirmación del capitalismo industrial, en su etapa superior del imperialismo moderno, basado en la división mundial del trabajo como principio rector y concluyente.

Esta exposición es decididamente más rica y compleja que las explicaciones simplistas de los estudiosos contemporizadores que, salvo excepciones,² han ocultado el complejo proceso demográfico y socio-cultural que no sólo implicó la emigración sino que subyacía en su misma *raison d'etre*.

Esta afirmación confirma sobradamente la tesis gramsciana acerca de que "toda hegemonía es heterogénea" y continente contradicciones inherentes, *a priori* al fenómeno de culturas en contacto.

Concretamente el proceso migratorio europeo en Argentina (especialmente entre 1860-1910) presenta, además, matices específicos. Fundamentalmente se destacan dos elementos:

- la importancia *cuantitativa y cualitativa* del proceso (a cuantificar en millones); y
- el hecho de que una consistente proporción de estos grupos de inmigrantes, ya de por sí numerosísimos, constituyeron un elemento fuertemente politizado, conscientes de su posición en la nueva sociedad de acción y de su extracción de clase (tampoco ésta regional, política o socio-económicamente homogénea).

Emigración y lucha de clases no sólo es una categoría explicativa más satisfactoria sino y sobre todo un *proyecto de investigación*: el de la dialéctica entre las *fuerzas de expulsión* de las metrópolis emigratorias y la *conflictiva inserción* en las sociedades de acogida, también, según los periodos, más o menos refractarias a la asimilación.

² Vide Carl Solberg. *Immigration and Nationalism, Argentina and Chile 1890-1914*, (Austin, Texas: University of Texas Press, 1970).

Es así que el *emigrante/nmigrante* pierde espesor material y se convierte en una ficción textualizada. Fantasma inclasificable que sólo adquiere dimensión "real" en su contradicción, más aún en su *contradiccionalidad: en lo que ya no es y lo que todavía no llegó a ser y tal vez nunca será*. El pasado se vuelve un texto enunciable, memorable, *contable*, una memoria muchas veces mistificada o exorbitantemente repudiada y el futuro una posibilidad siempre utópica, casi onírica y no menos ficcional que ese pasado cada vez más remoto. El futuro es la *otra* tierra: la *terrano*va o *terra ignota* de los navegantes del Renacimiento, cuya ambigüedad deíctica es siempre "lo otro".

El emigrante (el extranjero) es desde siempre un atávico factor de contradicción no sólo en la *expulsión* sino también en su *acogida*. Los elementos disidentes de una sociedad fracturada se incorporan a una sociedad, implícita o larvadamente, también (hiper-)fracturada o en proceso de fractura, con lo cual las contradicciones sociales se tensan y el conflicto adquiere puntos críticos, insoportables e irrevocables.

Los mecanismos de incorporación de los inmigrantes no serán homogéneos pero se destacan como preeminentes la incorporación paulatina de los emigrados a los mecanismos de producción cultural de la coyuntura, verdadera *conditio sine qua non* a la que deberán someterse, so pena de expulsión, de la nada o de reconvertirse en apátridas.

Los límites de la acción social se fijan: la integración violenta, condicionada a la homogeneidad –aun neuróticamente forzada– garante del mantenimiento de las relaciones consuetudinarias de reproducción social o la "Ley de Residencia" (es decir una "nueva emigración").

Cabe destacar que los límites cronológicos del proceso exceden la periodización tradicional: el metatexto "emigración" se inicia mucho antes de que los primeros contingentes de exiliados económicos o políticos (¿se los puede aún hoy distinguir seriamente?) abandonasen los puertos europeos o que terminasen sus días, por millones, en los campos de batalla de la Primera y Segunda Guerra mundial.

Trasladar el conflicto a la periferia se descubrió como una solución cínicamente más práctica: entre *dividir la renta* (tal como postulara tradicionalmente el socialismo en sus distinta vertientes, especialmente utópicas) o *producir más renta* (según el axioma del capitalismo clásico) surgió una inesperada "tercera vía" de corte malthusiano: *reducir drásticamente el número de aquellos con derecho a gozar de esa renta*. La consabida eficiencia y racionalidad moderna, aconsejó vivamente esta última posibilidad, sobre todo porque se evitarían así los peligrosos desequilibrios entrópicos que muchos exaltados provocaron en

las zonas periféricas.³ Así, según esta tesis, se podrían obviar o aminorar las periódicas crisis de producción y/o de legitimación, propias del capitalismo avanzado.

El problema sin embargo, más que resolverse se trasladó a las colonias de ultramar o a las jóvenes naciones poscoloniales, donde la efervescencia política de los emigrados choca contra los intereses de las clases dominantes, tradicionales surgiendo grupos cada vez más refractarios a la inmigración que se alejan de los sectores liberales y progresistas y comienzan a desandar el camino emprendido por las presidencias modernizadoras (1860-1880) en nombre de la "restauración nacionalista" o de la "integración nacional" o de los "eternos valores espirituales del pueblo". Este proceso se fijó un objetivo claro: la propaganda y aceptación de un metatexto integrista que rechazó de plano cualquier otro discurso social alternativo.

La mitificación del pasado más o menos inmediato y la promesa de un futuro promisorio, *a condición de aceptar los principios inamovibles de la integración*,⁴ fueron el precio de la misma aún cuando entraran en contradicción con el justificativo mismo del sacrificio de la emigración, el precio mismo por el que se aceptó el "pecado original de América".⁵

De no ser así las opciones, como del resto suele ocurrir, fueron pocas: un nuevo exilio, la prosecución de la emigración o, simplemente, el exterminio.

Seculares luchas de clases fueron las condiciones de posibilidad de los grandes procesos migratorios, su justificativo, su razón de ser. Más aún su inevitable destino. ■

³ Se podrían enumerar por millares. Baste recordar a Errico Malatesta [1853-1932]; Ferdinando Nicola Sacco [1891-1927]; Bartolomeo Vanzetti [1888-1927]; Simón Radowitzky [1891-1956] o Severino di Giovanni [1901-1931].

⁴ Es decir, de la hegemonía naturalizada y no pasible de ser discutida.

⁵ Vide Héctor A. Murena, *El pecado original de América*, Buenos Aires: Sudamericana, 1965.